ESTRATEGIA

ISSN-0185-6391

REVISTA DE ANALISIS POLITICO

Sobre el constituyente
de 1917

A mitad
del sexenio
de MMH

67

ENERO
FEBRERO
1986

política internacional	
Cambios en la situación internacional	1
economía	
A mitad del sexenio: tres años de crisis y política de ajuste	14
política mexicana	
Crisis económica; crisis política	27
problemas sociales	
La población rural mexicana	42
problemas regionales	
Nuevo León: panorama económicosocial	48
historia	
El Congreso Constituyente de 1917	65
documentos	
Soberanía, independencia y democracia /	
Alonso Aguilar M.	76
Programa concreto de desarme nuclear	87

Estrategia. Revista de análisis político. Publicación bimestral de PUBLICACIONES SOCIALES MEXICANAS, S. A. México, Año XII, Vol. 1, No. 67 enero-febrero de 1986. Dr. Vértiz 1295-202 Col. Letrán Valle, 03650 Delegación Benito Juárez, D. F. o Apdo. Postal 73-206. 03020 México, D. F. Tel. 559-37-76.

DIRECCION COLECTIVA: Alonso Aguilar M., Ignacio Aguirre, Fernando Carmona, Jorge Carrión, Rufino Perdomo. **GERENCIA:** José Rodríguez M. **SUBGERENCIA:** Perfecto Bello H. **DISTRIBUCION Y PROMOCION:** Norma Gamboa C., Jesús Hernández G., Oscar Montaña. **COLABORADORES:** Luis Carrión, Ignacio Hernández, Ezequiel Maldonado, Gastón Martínez Rivera.

AUTORIZADA como correspondencia de 2a. clase Registro DGC Núm. 0050675 características 229251 209.

SUSCRIPCIONES: En México, anual ordinario \$2,500.00; anual de apoyo \$6,000.00; anual institucional \$5,000.00. En el extranjero: 20 dólares EUA. Precio del ejemplar \$500.00; ejemplares atrasados \$500.00.

SOBERANIA, INDEPENDENCIA Y DEMOCRACIA

Alonso Aguilar M.*

Han pasado cuatro años desde que en esta ciudad de La Habana se celebró el Primer Encuentro de Intelectuales Latinoamericanos y Caribeños por la Soberanía de los Pueblos; cuatro años desde que nos reunimos aquí cerca de 300 intelectuales en una espléndida conferencia, en la que al amparo del lema martiano "trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras", convinimos en dejar de lado nuestras discrepancias, en conjugar esfuerzos, cerrar filas y luchar juntos para defender la libertad e independencia de nuestros pueblos. Hoy volvemos a encontrarnos en este "primer territorio libre de América", y al hacerlo confirmamos que la reunión de septiembre de 1981 fue, como entonces se dijo, tan sólo el punto de partida de un proceso que deberá culminar con nuestra plena emancipación.

Cuatro años son un lapso muy corto. Pero en la etapa histórica en que vivimos, de crisis y rápidos cambios, de profundos desajustes, graves contradicciones y rupturas revolucionarias, en unos cuantos años suceden muchas cosas que es necesario reapreciar y situar correctamente si queremos que la lucha que de nuevo nos convoca, se fortalezca y avance.

Hacia mediados de 1981, Latinoamérica se hallaba ya en una situación económica difícil. La breve fase de prosperidad que algunos países vivieron hasta poco antes, llegaba a su fin, y los problemas y deformaciones propios del subdesarrollo volvían a cobrar un alto precio a nuestros pueblos. A partir de entonces las cosas empeoraron. La producción y la inversión no sólo no aumentaron en términos reales sino que sufrieron una fuerte caída. La desigualdad del intercambio comercial con otros países se acentuó bajando los precios del azúcar, el café, el algodón, la harina de pescado, la carne, el petróleo, los minerales y otros

* Ponencia al II Encuentro de Intelectuales Latinoamericanos y Caribeños por la Soberanía de Nuestros Pueblos, celebrada en La Habana, Cuba del 30 de noviembre al 2 de diciembre de 1985.

productos de los que vendemos al exterior, y encareciéndose los bienes de capital y la tecnología que importamos. El desempleo y el subempleo crecieron como nunca antes. La inflación, ahora crónica, llevó los precios a niveles sin precedente, y muchas de nuestras monedas se devaluaron en forma catastrófica, todo lo cual trajo consigo que las condiciones de vida en los países más afectados por la crisis retrocedieran a los niveles de cinco, diez y aun quince años atrás.

A consecuencia de todo ello —aunque a la vez ese es un factor que influye sin duda en el debilitamiento económico—, la situación financiera sufrió y exhibe hoy profundos desequilibrios: enormes déficits fiscales, persistente especulación, suspensión y encarecimiento del crédito internacional, fuga de capitales, inestabilidad cambiaria y una enorme deuda externa cuyo servicio reclama sumas estratosféricas de dinero que rebasan con mucho la capacidad real de pago de nuestros pueblos, y que paradójicamente han convertido a América Latina en exportadora neta de capital, no porque cuente con mayores recursos que antes sino porque nunca fue tan explotada como ahora.

Recuerdo que en su discurso de apertura de hace cuatro años, Armando Hart mencionó que la deuda exterior de Latinoamérica alcanzaba ya 150 mil millones de dólares en 1980 y que “sólo en un año los Estados Unidos extraen una suma por lo menos similar a todo el oro que obtuvieron las metrópolis europeas mediante la conquista”. Pues bien, hoy esa deuda, que en 1965 era de únicamente 10 mil millones, asciende a casi 370 mil millones de dólares, y tan sólo por concepto de intereses exige pagar más de 40 mil millones anuales, lo que sin duda entraña una agotante y aun mortal sangría para nuestros pueblos.

Y este no es sin embargo el tributo total que pagamos a las metrópolis imperiales. El comandante Fidel Castro ha estimado que en 1984 Latinoamérica perdió 70 mil millones de dólares, sin contar la fuga de capitales, que de incluirse elevaría esa suma a más de 80 mil millones. Nadie puede resistir indefinidamente un despojo de esta magnitud.

En el otoño de 1981 nos preocupaba la agresividad del imperialismo. El gobierno de Estados Unidos apoyaba a las dictaduras más represivas. Por esos días lanzaba las maniobras militares Ocean Venture 81 para tratar de intimidar a los pueblos centroamericanos y del Caribe, y anunciaba la fabricación de la bomba de neutrones, esa arma extraña y siniestra que deja intactos los bienes materiales y todo lo que está muerto y sólo extermina a los seres humanos. La política internacional de Reagan se inspiraba en el documento de Santa Fe, el documento fascista del que nos habló Volodia Teitelboim, que exalta el militarismo y la agresión y postula que “la distensión es la muerte”.

En los últimos cuatro años el imperialismo norteamericano no ha cambiado grandemente. Pero ahora es todavía más agresivo

que entonces. Su estrategia económica daña cada vez más a otros pueblos, despoja a éstos de recursos indispensables para su desarrollo y lesiona desde luego al propio pueblo norteamericano. Su ideología sigue empeñada en minar nuestra cultura, desvirtuar nuestra historia y hacernos renunciar a nuestros más preciados valores y más ricas tradiciones populares. Su política internacional continúa siendo eminentemente agresiva, como lo vimos en Granada, en donde un pueblo que sin amenazar a nadie luchaba por vivir mejor fue invadido brutalmente por los mismos, que sin derecho alguno intervienen en los asuntos internos de otros pueblos y apoyan a las dictaduras de El Salvador y Guatemala, por quienes hoy tienen de hecho ocupada a Honduras, por quienes han convertido a Costa Rica en punta de lanza contra la revolución sandinista, y por quienes, apoyados en la contrarrevolución y el somocismo, lanzan la actual guerra sucia contra la nueva Nicaragua.

Si hace cuatro años la carrera armamentista de los Estados Unidos era ya alarmante, hoy reclama sumas de dinero en verdad gigantescas y el esfuerzo de millones de hombres entre quienes participan millares de científicos y técnicos, y se expresa en nuevos peligrosos pasos hacia una guerra nuclear como son la instalación de los cohetes de alcance medio en Europa Occidental, dirigidos principalmente contra la URSS y la comunidad socialista, y la amenazante militarización del espacio, lo que suele llamarse la guerra de las galaxias, acción fundamentalmente ofensiva que, pese a todo lo que se dice, entraña un grave peligro no sólo extraterrestre sino para quienes vivimos en la tierra.

Abundan, pues, las razones para seguir en pie de lucha. La crisis ahora más grave que hace unos años, el armamentismo incontenible y la agresividad imperialista lesionan la soberanía e independencia de nuestros pueblos y nos obligan a mantener la guardia en alto.

A veces se cree que nuestra soberanía no está en peligro. Se piensa que es un principio inviolable consagrado en nuestras leyes. Y si bien esto es cierto, como lo es que se trata de un derecho conquistado por los pueblos en cruentas luchas y a costa de grandes sacrificios, también es cierto que las leyes sólo se cumplen cuando se es capaz de crear condiciones que aseguren su vigencia efectiva. Un precepto jurídico formal, por importante que sea, no basta para que cobre vida en la práctica.

La soberanía nacional, como lo establecen muchas Constituciones políticas, reside en el pueblo. Este es un principio fundamental que ayuda a entender lo que significa ser soberano. La soberanía no existe al margen o por encima del pueblo. Este es su titular y el único que puede ejercerla, más no sólo porque así lo dispongan las leyes sino porque tiene realmente la posibilidad de hacerlo.

— Un pueblo que no sabe leer ni escribir, o que no es capaz de pensar por sí mismo, no es soberano;

— Un pueblo que carece de independencia económica y que no puede utilizar muchas de sus riquezas en beneficio propio no es soberano;

— Un pueblo endeudado, sujeto a las arbitrarias exigencias de sus acreedores y al que desde fuera se le imponen condiciones leoninas e inaceptables sin importar los sacrificios que entrañan, no es soberano;

— Un pueblo, en suma, que no disfruta de libertad y que no ejerce realmente el poder político, no es soberano.

Como decía el comandante Guevara:

"[...] la soberanía nacional significa, primero el derecho que tiene un país a que nadie se inmiscuya en su vida, el derecho que tiene un pueblo a darse el gobierno y el modo de vida que mejor le convenga [...]. Pero todos estos conceptos de soberanía política, de soberanía nacional son ficticios si al lado de ellos no está la independencia económica [...]" "[Y] el pueblo —añadía— no puede soñar siquiera con la soberanía si no existe un poder que responda a sus intereses y a sus aspiraciones [...]"¹

Lo anterior comprueba que la soberanía no es una mera abstracción ni algo que valga por sí mismo. Soberanía e independencia, soberanía y libertad, soberanía y democracia, soberanía y cultura, soberanía y paz, son categorías que se apoyan mutuamente y que se requieren entre sí. Lo que significa que la lucha por la soberanía no se libra en forma aislada.

A estas horas acaso nada sea tan importante y tan perentorio como defender nuestra independencia económica en medio de la grave crisis que a todos nos afecta. La estrategia del desarrollo en marcha en la mayor parte de nuestros países no responde a los mejores intereses de nuestros pueblos; expresa más bien las posiciones de quienes los explotan y mantienen en el atraso y el subdesarrollo. La idea hoy en boga en ciertos círculos de que para salir de la actual crisis es preciso abrir nuestras economías al exterior, es decir al comercio, al capital, a la tecnología y a las ideologías extranjeras, y de que a partir de los llamados programas de ajuste del Fondo Monetario Internacional, del pago puntual de la deuda externa y de la política monetarista que recomiendan la tesorería y los grandes bancos norteamericanos modernizaremos nuestras economías, reforzaremos su capacidad competitiva y resolveremos nuestros más graves problemas, es una engañosa ilusión de la que debemos precavernos.

Los hechos demuestran que todo eso es falso y que en los países en que tal política está en proceso de ejecución, la crisis persiste y aun se ha agravado, la inestabilidad sigue también presente y hasta ahora no se logra el crecimiento económico que sus

¹ Ernesto Che Guevara. *Escritos y discursos*, tomo 4, pp. 82 y 83, La Habana, 1977.

defensores daban por seguro. La carga insoportable que entrañan el pago de la deuda, el deterioro de la relación de intercambio, el proteccionismo y la política comercial discriminatoria de los países capitalistas industrializados, así como el envío de dividendos y en general de fondos al extranjero por las empresas transnacionales, comprueba que bajo esas condiciones es imposible lograr el desarrollo y el bienestar a que nuestros pueblos tienen derecho.

La sola deuda externa, que según algunos nos proveería de recursos de los que carecemos e incluso nos daría mayor independencia financiera, es una pesa de carga y una traba al desarrollo que es preciso remover cuanto antes. Como la inversión extranjera directa, los créditos internacionales también están extrayendo de nuestros países fondos más cuantiosos que los que aportan, lo que quiere decir que las naciones pobres de Latinoamérica y el Caribe, y en general del llamado Tercer Mundo siguen financiando a las grandes potencias capitalistas a base del sacrificio de sus pueblos. En estos momentos, el solo pago de los intereses obliga a destinar a los bancos acreedores gran parte de las divisas disponibles, lo que implica dejar de importar bienes de capital y de consumo indispensables, renunciar al desarrollo, contribuir a ahondar la inestabilidad y la crisis, extender el desempleo y, de hecho, comer cada vez menos y vivir cada vez peor, para pagar una deuda que en gran parte sólo sirvió hasta ahora para acentuar la dependencia económico-financiera, para hacer más ricos a los ricos, para realizar enormes gastos improductivos que profundizan las deformaciones estructurales de nuestras economías y, paradójicamente, para alentar la salida de fondos y aun la fuga masiva de capitales al extranjero como nunca antes.

Pese a que los hechos están demostrando que la deuda externa es impagable, se dice a menudo que si el crecimiento económico se reanuda, a partir de las renegociaciones ya hechas podrá pagarse lo que se debe. Y que, en todo caso, pagar es mejor que hacer frente a las represalias que seguirían a la decisión de no cumplir con un compromiso formalmente contraído.

A nuestro juicio la realidad es otra. La renegociación de las deudas ha consistido hasta ahora fundamentalmente en aplazar las amortizaciones de capital, lo que significa que a corto plazo se reducen los pagos por tal concepto pero siguen en su máximo nivel y aun se elevan los correspondientes a intereses. Sostener, por otra parte, que si las economías que han dejado de crecer comienzan de nuevo a hacerlo, podremos pagar, es en el mejor de los casos una simplificación inaceptable, que por un lado no repara en que la deuda es ya el más serio obstáculo al crecimiento, y por el otro, olvida que no obstante que hasta hace unos años economías como la de Brasil, México, Venezuela y otros países crecieron apreciablemente, a la postre tuvieron que suspender sus pagos porque les fue imposible hacerlos. Lo

que comprueba que el crecimiento no basta para hacer frente al oneroso servicio de la deuda.

Y por último, si bien es cierto que el no pago de la deuda puede traer consigo represalias comerciales, financieras y aun políticas, éstas pueden ser menos graves que el daño que ya nos causa el drenaje empobrecedor de miles de millones de dólares que anualmente se van al extranjero, sobre todo si se tiene en cuenta que nadie sugiere actuar ante este problema de manera irresponsable y en busca de una confrontación riesgosa e innecesaria, sino con prudencia, con responsabilidad tratando de llegar a acuerdos razonables, y a la vez defendiendo con firmeza nuestros más legítimos derechos.

La estrategia de que hablamos no sólo no nos ha librado de la crisis económica sino que tiene implicaciones desfavorables de todo orden. Y aceptarla sería renunciar a nuestra condición de naciones soberanas y exponernos incluso a que no sólo se agrave la situación económica sino la situación política.

Por eso es fundamental enfrentarnos a la crisis resueltamente. Si no lo hacemos, el curso mismo de las contradicciones en juego tendrá graves consecuencias. Se equivocan quienes piensan que la presente es una crisis meramente económica que no afecta la vida política ni el juego democrático de nuestros países. Los problemas económicos no se expresan obviamente en la esfera política, de manera paralela y mecánica. Pero se resienten en ella cada vez más y demuestran que, sobre todo bajo una crisis tan severa como la actual, entre lo económico y lo político no hay murallas infranqueables.

Si la crisis persiste, y como hemos visto la asfixiante deuda externa contribuye grandemente a ello, como ha dicho el comandante Fidel Castro, el proceso democrático que empieza a cobrar impulso o tiene desde tiempo atrás cierta importancia en América Latina se verá seriamente afectado. Y esto es fácilmente comprensible. En efecto, ¿cómo puede un gobierno contar con una amplia base de apoyo si no resuelve los problemas más graves que aquejan al pueblo? ¿Cómo puede tener algún prestigio si el desempleo y la inflación se vuelven crónicos, la moneda nacional se desploma y la inestabilidad es cada vez mayor? ¿Cómo, en fin, tener autoridad si los escasos fondos disponibles se van al extranjero y la recuperación económica se busca no a través de invertir productivamente el excedente sino mediante una política restrictiva y conservadora que, sin comprender la naturaleza de la actual crisis, pretende que sólo acentuando ésta a través de una mayor explotación de los trabajadores, de ciertos avances tecnológicos y de una mayor dependencia podrá lograrse la recuperación y el desarrollo en una nueva larga fase de expansión?

Y, ¿qué hacer ante tales condiciones?

Desde luego nadie tiene una respuesta prefabricada ni menos una receta qué ofrecer. Pero hay ciertas cuestiones en las que vale la pena insistir.

Lo primero es saber qué terreno pisamos, es decir, aquello que Mariátegui llamaba "hacer las cuentas, sería y francamente, con la realidad". Sin ello no es fácil lo que a su vez Ernesto Cardenal condensaba en el I Encuentro como: "concretar las ideas, pasar de las palabras a la acción [...]".

La actual crisis del capitalismo es diferente de las previas: tiene otro carácter y otro alcance no porque ya no funcionen ciertas leyes sino porque ahora se expresan de manera distinta a través de contradicciones más complejas y profundas. Quien crea que ésta es simplemente una crisis cíclica de aquellas que el capitalismo sufrió a lo largo de más de cien años, y que pronto saldremos de ella, para crecer de nuevo incluso más que antes tan pronto se restablezcan las condiciones que impulsen la renovación masiva de capital fijo, le será imposible entender por qué la fase expansiva de posguerra llegó a su fin y por qué las cosas desde los últimos años de la década de los sesenta han sido como fueron.

Nuestros pueblos conquistaron hace mucho tiempo su independencia política formal, lo que significó un gran progreso respecto al régimen colonial que antes padecieron. Ahora luchan por la independencia económica, o sea por la plena soberanía, convencidos de que la "soberanía limitada" que algunos sugieren para Latinoamérica es tan inaceptable como la libertad o las verdades a medias, y de que con los principios —y el de la soberanía de los pueblos es un principio fundamental— no se negocia.

Sabemos que la conquista de la plena independencia no es ya viable bajo el capitalismo y que en las condiciones actuales supone una lucha social y política propiamente revolucionaria. Cuba y Nicaragua la realizaron y gracias a ella recobraron su soberanía. El Salvador y Guatemala la están librando desde hace años, y a su hora lo harán otros pueblos, los que desde luego no renunciarán al derecho inalienable a la revolución. Pero lo que a estas horas se debate no es eso: de lo que se trata es de aliviar de alguna manera el sacrificio intolerable que impone la actual crisis a nuestros pueblos. Y lo que al respecto es ya bien claro es que la línea fondomonetarista, la política que hasta hace poco mantuvieron en varios países las dictaduras militares y en general tanto las fórmulas más reaccionarias como sus débiles variantes reformistas no sólo no resuelven los problemas a que nos enfrentamos sino que los agravan.

La única manera de avanzar parece ser la de negarnos a seguir siendo brutalmente explotados. Como ha dicho Fidel Castro "[...] la tarea del momento, la prioridad vital, fundamental, de todos sin excepción y en la que todos pueden unirse y luchar en

común es el desarrollo".² Y aquí es en donde hacer comprender la incapacidad de pagar la deuda externa y la necesidad de lograr un nuevo orden de cosas en las relaciones internacionales adquieren gran significación.

Algunos reaccionan ante esta perspectiva con indiferencia y sin entusiasmo porque consideran que una lucha así es reformista, que no es suficientemente radical y revolucionaria. Prefieren soñar en la revolución que entender que la batalla del desarrollo, por la dignidad y la independencia de nuestros pueblos no es poca cosa, sino una gran batalla se libra nada menos que contra el enemigo principal de esos pueblos y con plena conciencia de que el capital transnacional y las grandes potencias en que se apoya no renunciará voluntariamente a sus privilegios. Otros se muestran escépticos porque consideran que la lucha por no pagar la deuda y por un nuevo orden económico internacional es utópica. En el fondo éstos proceden dogmáticamente, menosprecian la capacidad de acción de los pueblos y no comprenden que si bien el imperialismo sigue siendo poderoso, en las presentes condiciones no es invencible, que la propia crisis acelera su descomposición y que no es ya la fuerza que rige el curso de la historia.

Sabemos que aun si no se paga la deuda externa porque sea imposible o porque pagarla entrañe un sacrificio intolerable, ello será sólo el punto de partida de una situación menos difícil. Tendrá que lograrse además que nos paguen mejor nuestros productos, que nos cobren menos por lo que compramos, que se nos permita ofrecer en otros mercados lo que producimos, que no se recurra al dumping que es un acto enteramente ilegal, y en resumen que no se nos robe como hasta ahora. Todo lo cual ciertamente no es fácil pero tampoco imposible, pues el nuevo orden económico internacional no es tan sólo una justa demanda de los pueblos sino un acuerdo y un compromiso de la comunidad internacional, aprobados en las Naciones Unidas desde hace años.

Hasta aquí, debemos reconocerlo, poco o nada hemos avanzado en tal dirección. Pero el problema de la deuda y la exigencia de un nuevo orden económico, que en años pasados fueron asuntos de los que fundamentalmente se ocuparon economistas, diplomáticos y funcionarios, empiezan a convertirse en una cuestión política que se discute en la calle y que a todos importa.

Nuestros pueblos están en guardia y cobran conciencia de que tales asuntos no competen sólo a los banqueros sino también y sobre todo a ellos, a los trabajadores comunes y corrientes.

Ahora debemos unirnos nacionalmente; pero unirnos de verdad, aglutinando a todas las fuerzas capaces y dispuestas a enfrentarse al enemigo común en los más diversos planos. Si esa unidad no pasa de ser subordinación del pueblo a una minoría, no será

² Fidel Castro. La cancelación de la deuda externa y el Nuevo Orden Económico Internacional. Entrevista al Periódico Excelsior, La Habana, 1985, p. 136.

realmente nacional, y el frente de lucha será débil y estará interiormente minado, como lo está la democracia cuando el pueblo participa en ciertas acciones y mecanismos, pero no decide lo que se hace.

La unidad nacional es hoy un prerequisite que es necesario satisfacer para lograr nuestra independencia. Y esa unidad tiene como base y como exigencia fundamental la unidad de los trabajadores, que en todos nuestros países son ya no sólo quienes crean la mayor parte de la riqueza sino quienes constituyen la mayoría de la población. Sobre todo los países más desarrollados de nuestra América son hoy países de trabajadores, de trabajadores asalariados urbanos y rurales, calificados y no calificados, de profesionistas y técnicos, de empleados de diversas clases, de pequeños productores, de hombres y mujeres que producen o participan en la distribución de bienes y servicios, y cuya unidad es esencial para cambiar a favor del pueblo la actual correlación de fuerzas y para vencer al poderoso enemigo al que nos enfrentamos. Y así como es preciso comprender que la unidad de los trabajadores juega un papel decisivo en la lucha que hoy se libra por la independencia y para fortalecer la democracia, también es muy importante entender que ninguna fuerza susceptible de participar en esa lucha, por pequeña, débil, inestable o vacilante que sea, debiera menospreciarse. El solo hecho de que al cumplirse cuarenta años de la victoria de los pueblos sobre el fascismo, éste siga siendo un peligro que nos obliga a mantenernos alerta, demuestra que la unidad nacional es no sólo condición para defender eficazmente nuestros mejores intereses económicos sino también para defender la democracia y cerrar el paso a la represión, a la violencia y a nuevas formas de fascismo a las que, como ocurrió en los años treinta, podría recurrirse para salir de la actual crisis.

La unidad nacional, sin embargo, pese a su indiscutible importancia no basta. Los países de Latinoamérica y el Caribe libran hoy una lucha contra un enemigo común que los obliga a conjugar esfuerzos, a unirse, a apoyarse mutuamente, a hacer juntos lo que aisladamente ninguno podría lograr. Este es el momento de empezar a convertir en realidad el ideal bolivariano de la unidad de lo que Martí llamó "nuestra América", de este conjunto heterogéneo de países que no obstante todas sus diferencias tienen tanto en común para ser nuestra patria grande. Y el camino por el cual debemos avanzar es el de la integración regional.

Sabemos que esto no es fácil y que incluso los intentos intervencionistas realizados en el último cuarto de siglo a menudo fueron un instrumento más de que el capital transnacional se valió para dividirnos y para "integrar" a nuestros países no como partes indisolubles de un todo armónico, propiamente latinoamericano y caribeño, sino como eslabones subordinados a las me-

trópolis imperiales que ese capital representa. Sabemos que aun el avanzar hacia una política que, sin llegar de inmediato a la integración regional o a un mercado común, se proponga formas nuevas de cooperación mutua en materia económica, cultural y política es difícil, entre otras cosas porque no sólo hay obstáculos externos que vencer sino porque incluso en cada uno de nuestros países hay quienes, no teniendo fe en nuestra capacidad para decidir nuestro destino, piensen que la solución sólo puede venir de fuera y al precio de reconocer nuestra "inferioridad" y de subordinarnos al extranjero.

Por fortuna junto a quienes están de antemano vencidos hay muchos más que tienen el corazón bien puesto, que piensan y sienten como genuinos latinoamericanos y caribeños, que ni tienen mentalidad de "maquiladoras" ni de siervos y que saben que la integración es una tarea difícil pero viable, en tanto se entienda que al igual que respecto al problema de la deuda y la lucha por un nuevo orden económico internacional, el nuevo elemento que modifica el cuadro previo e incluso entraña un cambio cualitativo capaz de modificar favorablemente la actual correlación de fuerzas, es la presencia del pueblo en el primer plano de la lucha no sólo en un país aislado sino en todos.

Si el planteo y la defensa de tales demandas empiezan a ser un verdadero clamor popular; si la negativa a seguir sobrellevando calladamente la peor parte y las más pesadas cargas que la crisis impone se expresa no ya sólo en opiniones aisladas selectivas y minoritarias sino en la voz de los pueblos, de los obreros y los campesinos, de los empleados y los intelectuales, de profesionistas y técnicos, de estudiantes y amas de casa, de dirigentes sindicales y periodistas, en una palabra de todos los que más resienten el actual estado de cosas y exigen que éste cambie, podemos estar seguros de que lo que hasta aquí fue imposible empezará a ser una nueva y prometedora realidad.

Y lo cierto es que el proceso está ya en marcha, que cada día más y más gente comprende el carácter y la importancia de la batalla que hoy se libra, y que a propósito de la necesaria cooperación entre nuestros pueblos, la ayuda que en esa batalla por la toma de conciencia están prestando la revolución cubana y la cruzada por la libertad encabezada por Fidel Castro es enorme. Y, de paso, esa ayuda además ha demostrado que pese a ser Cuba un estado socialista diferente de los restantes de América Latina y el Caribe, entre uno y los otros no sólo es posible la coexistencia pacífica sino incluso la amistad y la solidaridad de pueblos hermanos, que como Cuba lo comprueba a diario, sabe que la base de la acción conjunta es el respeto mutuo, la no intervención en los asuntos internos de otros países, y el que cada uno de éstos decida lo que en sus condiciones es posible hacer.

Así entendida la cooperación, desde regímenes oficiales distintos es posible también reforzar la solidaridad, como lo demuestra

el amplio apoyo que el Grupo Contadora ha encontrado en torno al intento de restablecer la paz en Centroamérica a partir del respeto a la decisión del pueblo nicaragüense de ejercer su soberanía a través de la revolución sandinista. Y la solidaridad, concretamente con otros pueblos hermanos, lejos de ser una cuestión secundaria, en las condiciones actuales es sólo otra manera de defender no algo ajeno sino el derecho de cada pueblo, empezando con el propio, a la libertad y la independencia.

Todo lo anterior está ligado estrechamente y aún es parte de la lucha por la soberanía, y no una conspiración "comunista" urdida desde La Habana. Pero hay un elemento adicional del que en gran parte depende en nuestros días la suerte de esa lucha: que el mundo en que vivimos sea capaz de preservar la paz.

Durante mucho tiempo dimos por supuesto que esa condición estaría presente y defendimos nuestros más caros derechos como el de pensar, hablar y escribir, crear, organizarnos y defender el principio de la soberanía y la autodeterminación de los pueblos como si nuestra vida estuviese de antemano asegurada. Hoy las cosas son cualitativamente diferentes. En esta era nuclear la preservación de la paz se ha vuelto la condición para asegurar la supervivencia. El encuadramiento y aun el sentido de los derechos humanos ha cambiado y ahora tenemos que luchar resueltamente, en primer término, por el derecho a vivir, pues una guerra nuclear haría prácticamente imposible ejercer cualquier otro derecho, empezando con el de la soberanía de los pueblos. O sea que el derecho a la vida se ha convertido en el fundamental de los derechos humanos.

Nuestra América constantemente está amenazada por una conflagración nuclear. Al nivel técnico actual ésta es un grave peligro para toda la humanidad y ante el que por tanto nadie puede quedar a salvo. Por eso quisiera concluir estas reflexiones reproduciendo unas líneas de la Declaración final del Primer Encuentro por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América:

"Los intelectuales, los escritores, los artistas de Nuestra América, frente a este grave riesgo de holocausto, asumimos a plena conciencia nuestra opción por la vida. No la abandonaremos al azar, sino que lucharemos con todas nuestras convicciones, con todas nuestras fuerzas, con las mejores reservas del espíritu, para que la paz se imponga como la única victoria posible contra la muerte".

"[...] el exterminio del ser humano es evitable y [...] puede; y debe ser evitado con el poder invencible de la inteligencia".